

14 de marzo de 2017

Un sábado, a final del mes de enero de 2017, posiblemente sería el día 21, recibí una llamada telefónica sobre las 6 de la tarde, cuando entraba a mi despacho.

Atiendo la llamada y el interlocutor me comunica que sí, que mi solicitud ha sido aceptada y que podré asistir a la Misa con el Papa Francisco en Santa Marta el día 14 de marzo de 2017. Me quedé consternada... Continuó diciéndome que tenía que estar a las 6,45 horas de la mañana en la Cancillería del Santo Oficio. También me indicó que tomara nota de quién era para poder localizarle si necesitara algo, dándome el Monseñor que me llamó su nombre y su teléfono.

No me lo podía creer... ¡Estaba feliz!

Por esos días de marzo del 2017, asistí en Roma a un Congreso de Derecho Canónico.

La tarde anterior al 14 de marzo, fui al Vaticano para comprobar dónde estaba ese, para mí, tan importante Cancellero.

Por la mañana temprano, creo recordar que pasé tres controles y después... ahí, en la Capilla de la Casa Santa Marta donde vive el Papa, estaba yo con otras 39 personas.

En la Capilla estábamos en dos filas, veinte y veinte. En la de la izquierda, las dos primeras líneas estaban ocupadas por sacerdotes, cinco y cinco. En la de la derecha, otros cinco y cinco asientos ocupados por feligreses de una parroquia romana, con su párroco y un matrimonio a la cabeza. Detrás estábamos los demás, que nos habíamos ido colocando. Yo me senté como por el medio.

Antes de las 7 de la mañana, empezó la Misa con el Papa, piadosa, cuidando la liturgia...

En la homilía, breve, concisa y concreta, el Papa nos comentó que estábamos en cuaresma y que la cuaresma es tiempo de conversión; pero que la conversión no viene como una varita mágica, que la conversión es apartarse del mal y hacer el bien (Salmo 36,27).

A los que nos íbamos acercando, nos dieron la Comunión los diez sacerdotes que concelebraban con el Papa.

Al terminar la Santa Misa, salieron hacia la sacristía los sacerdotes revestidos y detrás, el Papa. Quien, al pasar frente a la imagen de la Virgen con el Niño que está en la pared de la izquierda, se paró y entonces, todos juntos cantamos la Salve en latín. Después, el Papa continuó su marcha hacia la sacristía. Al poco rato, volvió sin ornamentos y se sentó al lado de una de las filas de sillas ocupadas por nosotros. Estuvimos diez minutos de acción de gracias.

Sn Lc. 7,16: Glorificaban a Dios, diciendo (...) Dios ha visitado a su pueblo.

Tras salir el Papa de la capilla, el Monseñor organizador nos comunicó que, entonces, fuera de la capilla podríamos ir saludando al Santo Padre uno por uno, empezando por los sacerdotes, siguiendo con la parroquia romana y después, iríamos los demás.

Pensé, el Papa es mayor, tanto tiempo de pie por el saludo individual de los veinte primeros... Me interesa pasar la siguiente después de la parroquia romana... Como así hice, sin encontrar ningún problema para conseguirlo. Yo lo tenía claro: necesitaba tiempo suficiente porque quería hablar con el Papa de varios asuntos, que llevaba muy bien pensados.

Empecé cogiéndole su mano y mostrándole la foto de mi familia cuando éramos pequeños –con mis padres y los nueve hermanos-, que él bendijo.

LA SALVACIÓN

A continuación, le comenté lo que me atenazaba el alma:

Tres personas, conocidas y queridas, que habían fallecido de repente. Alguna sin practicar, en situación irregular y sin confesión.

Sus ojos clavados en los míos... Su cara mostraba pena, la pena que compartía conmigo. Y entonces, empezó un diálogo entre los dos:

¿Puedo tener esperanzas de gloria?, le pregunté.

De inmediato, su respuesta tajante fue:

Sí, claro que sí. Ni lo dudes... ¡La duda le ofende!

Pero, *¿y la gracia?*, le repliqué.

La gracia es Él, me aseguró.

Con su mano derecha, hizo la señal de la cruz en mi frente.

LAS NULIDADES MATRIMONIALES

Le comenté que era abogada y que me dedicaba a las nulidades matrimoniales. Y le di las gracias por la reforma que él había llevado a cabo con las Nulidades Matrimoniales porque –le dije- *la reforma es... ¡un bien!; pero... la diligencia*

Mirándonos, asintió con la cabeza a lo que yo no le había dicho expresamente y como queriendo manifestarme asentimiento, también sin palabras: *lo sé, lo sé...*

Llevaba en mis manos unos folios en un dossier con los diez fallos que yo veo en las Nulidades Matrimoniales y mis sugerencias. Le pregunté al Papa: *¿quiere que se las dé? Sí, sí me respondió* y se las entregué. Inmediatamente, del Papa pasaron a otras manos.

Sn Lc. 7,16: Glorificaban a Dios, diciendo (...) Dios ha visitado a su pueblo.

Ya de vuelta y con fecha del día siguiente, 15 de marzo de 2017, recibí del Vaticano una carta de la Secretaría de Estado. Asuntos Generales, dándome las gracias en nombre de Su Santidad por ese amable gesto.

Nota aclaratoria: En el 2014, antes del Sínodo de los Obispos sobre la Familia les envié a todos los obispos de España ese mismo documento, pero entonces eran doce fallos con mis sugerencias. Posteriormente, con la reforma del Papa Francisco, dos de esos fallos ya se habían resuelto, por lo que se habían convertido en diez cuando se los di al Santo Padre.

MI CELEBRACIÓN

Por último, le agradecí al Papa haber podido celebrar mi cincuenta aniversario asistiendo con él a la Misa en Santa Marta, como tanto deseaba y como había pedido.

Me dio la bendición y yo le besé la mano.

Me separé de él con una amplia sonrisa y... me llevé la sonrisa del Papa.

Dirigiéndome hacia la salida y dentro de Santa Marta, me quedé sentada frente a la Virgen de los Nudos¹, mirándola y mirándola no sé cuánto tiempo, pero no poco, porque pasó sin sentir... Cuando salí, ya no había ninguno de los veinte asistentes que le habrían saludado detrás de mí, sólo estaba el vigilante jurado.

Recuerdo lo que exclamaba mi abuela Rosa, simpática andaluza, ante un acontecimiento excelente:

¡NOS HA VENIDO DIOS A VER..!

¹ Virgen de los Nudos (Augsburgo). Ella se ocupa en deshacer todos los *nudos* de nuestra vida.

Sn Lc. 7,16: Glorificaban a Dios, diciendo (...) Dios ha visitado a su pueblo.